

SOBRE UNA LEJANA TARDE DE OTOÑO

*Carmen Perona*¹

En Bronchales, a partir del comienzo de la guerra civil, la mayoría de los vecinos abandonaron el pueblo por ser éste, más o menos, tierra de nadie; solamente quedaron unas cuantas viudas con sus hijos y algunos abuelos, tal vez una treintena de personas en total. Santiago (el Mayoral), su amigo Juanito y algún chaval más cuidaban 40 cabras, 1 oveja y 1 cordera para todos los habitantes, las ordeñaban y así se abastecían de leche.

En este quehacer estaban Santiago y Juanito (que contaban entonces unos 12 años) por el pie de la Vicidilla un día de finales de octubre de 1936; debido al frío reinante se habían construido un chozo con ramuchos y encendido una hoguera; mientras el ganado pastaba, ellos estaban resguardados dentro del improvisado refugio. En el claroscuro de la tarde aparecieron de repente a unos metros de la entrada dos soldados apuntándoles con los fusiles y gritándoles: “¿quién está ahí?, ¡que se identifique y salga inmediatamente!” Ellos, asustados, consiguieron contestar: “¡sólo somos dos chiquillos que cuidamos las cabras!” Al comprobar que era cierto, que solamente se trataba de dos niños, estuvieron hablando con ellos, preguntándoles cosas sobre Bronchales (los militares eran republicanos que venían de la zona de Noguera). También les advirtieron que habían perdido una bomba de mano (de esas que parecen una piña), que tuvieran cuidado si por casualidad la encontraban.

Les pidieron que les acompañaran al pueblo; allí, en una de las casas habitadas, les dieron de cenar; los soldados les obsequiaron con unas monedas (“unas perras”, según palabras textuales). Santiago y Juanito tuvieron entonces que regresar a recoger el ganado.

En la primavera del siguiente año rodearon la población los requetés venidos desde la zona de Orihuela y les requisaron todas las cabras, Santiago que tenía una que estaba criando dos choticas les pidió por favor que no se la llevarsen, pero un soldado le amenazó con el fusil diciéndole: “vete a casa, mocososo, que te doy un fusilazo”; así que él se fue llorando desconsolado. De esta manera desapareció el ganado y se acabó para ellos el ir de pastores, cosas de esos tiempos revueltos que les tocó vivir.

¹ Bronchales.

